

Atrapado

Cristina del Toro Tomás

Todas las mañanas, nada más levantarme, lo primero que hago es mirar las esquelas del periódico. Me deslizo en silencio por el parque, hasta llegar al banco de madera donde un anciano lee cada día el rotativo más vendido del país, y espero paciente hasta que llega a esa sección que tanto me interesa. Leo las necrológicas atentamente. Cada mañana, la misma decepción.

Mi nombre no aparece en ninguna de ellas.

Es en ese momento cuando los breves instantes de paz que me han sido concedidos para cada día desaparecen, dando paso, una vez más, al terror y la angustia.

Mi ausencia en esa página concreta solo puede significar una cosa: que todavía no han encontrado mi cuerpo. Me pregunto si acaso sabrán que ya no pertenezco a este plano de existencia. Tal vez mis seres queridos alberguen la esperanza de que me haya fugado con algún amante o cualquier otra excusa benévola para explicar mi desaparición y mitigar así la angustia.

Desearía poder acercarme a ellos mientras duermen, colarme en sus sueños y así enviarles un mensaje. O quizá escribir una petición de auxilio en el vaho de un espejo del cuarto de baño. Pero por algún motivo que no alcanzo a comprender, soy incapaz de manifestarme ante otros. Las personas de mi alrededor parecen incapaces de verme. En las ocasiones en las que logro rozar a algún viandante, éste se gira desconcertado mientras un escalofrío recorre su espalda. Mira desconfiado a su alrededor, y acelera el paso. "*Lo habré imaginado*" se dirá, aunque una pequeña parte de su ser, esa que con el paso de los siglos hemos encadenado en lo más recóndito de nuestra mente, la que aún entiende de misterios y oscuridad, se sacudirá con violencia en su interior para susurrarle que soy real.

He quedado ligado al lugar donde todo sucedió, donde aquella noche de octubre alguien decidió que mi vida carecía de valor. Realmente no sé con exactitud qué ocurrió. Siento un dolor constante entre las costillas, y mi ropa está manchada de sangre oscura. En una ocasión logré ver mi rostro reflejado en las gotas de rocío que penden de los árboles, y está pálido y sucio. Pero lo peor es el frío. ¡Dios, tengo muchísimo frío!

Ojalá supiera dónde está mi cuerpo. Si lo hubiera dejado aquí todo sería mucho más fácil, por supuesto. Lo habrían encontrado a la mañana siguiente y esta pesadilla nunca habría comenzado. Pero mi agresor ni siquiera tuvo esa deferencia. Se lo llevó, no sé a dónde, para deshacerse de él.

No necesito que encuentren a la persona que me hizo esto, ni que le hagan pagar por ello. La justicia es para los vivos. A los muertos solo nos queda la paz. Por eso necesito que me encuentren, pues mientras no se sepa lo que me ocurrió, mientras mi cuerpo siga desaparecido, sin recibir una sepultura digna, estaré atrapado entre dos mundos sin pertenecer a ninguno de ellos, incapaz de atravesar el velo que me lleve al hogar de los espíritus ni de encontrar el tan anhelado descanso.